

IX Premio microrrelatos
manuel j. Peláez



COLECTIVO
MANUEL J.
PELÁEZ



zafra 2021



SELECCIÓN DE TEXTOS



IX PREMIO DE MICRORRELATOS
«MANUEL J. PELÁEZ» 2021

Selección de textos

Edita y organiza:

Colectivo Manuel J. Peláez

www.colectivomanueljpelaez.org

Imprime:

Imprenta Rayego

Primera edición: 13 de junio de 2021

© Textos: autores antologados

© Imagen de portada: Carmen Álvarez

Depósito Legal: BA-000231-2021

Impreso en España

PRESENTACIÓN



Decíamos hace doce meses, al comienzo del anterior librito de microrrelatos, que «el año 2020 pasará a la historia como el de la pandemia de la covid-19, una calamidad con forma de coronavirus que impactó en la salud pública, en la economía y en las costumbres de todo el mundo». Demasiado ha durado ese pasado con que nos referíamos a la pandemia. Creíamos que sería calamidad solo de 2020 y aún nos acompaña en este 2021 en el que escribimos. Todavía es, desgraciadamente, presente, aunque ya casi domeñado por la ciencia y los nuevos hábitos que, no sin excepciones insolidarias de algunos bárbaros, hemos adoptado durante este tiempo de aprendizaje social.

Todo esto se ha llevado mucho por delante. Y a muchos, como al profesor Antonio Rodríguez de las Heras, amigo del Colectivo «Manuel J. Peláez», fallecido el 4 de junio de 2020 y que tantas veces nos ofreció su magisterio de humanista colosal y bondadoso. Su recuerdo nos alienta para proseguir la labor de una asociación que creamos en 2010 también en memoria de otro amigo: Manolo Peláez (1952-2008), profesor de historia del Instituto de Educación Secundaria «Suárez de Figueroa» de Zafra, historiador, presidente de la Asociación de Amigos del Museo y del Patrimonio, y primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Zafra.

Estamos hechos de afectos, de memoria y de ideales. El Colectivo «Manuel J. Peláez» es, desde su fundación, tributo de amistad y reconocimiento a amigos como Manolo o Antonio, que tanto nos han enseñado en esta vida, pero también muestra de la vitalidad de

la España rural: una pequeña asociación cultural independiente y sin ánimo de lucro que, con más de un centenar de socios y socias, organiza o apoya actividades socialmente comprometidas, innovadoras y de calidad, favorece dinámicas de participación ciudadana, propicia el intercambio entre organizaciones y grupos sociales, hace cultura y trabaja en red. Pretende, en suma, fortalecer la sociedad civil desde la comarca de Zafra-Río Bodión y desde Extremadura, a partir de valores como la democracia, la libertad, la convivencia, la cultura, la sostenibilidad, la solidaridad, el feminismo, la paz y la igualdad.

Y, entre las actividades que el Colectivo organiza, una de las más relevantes es el Premio de Microrrelatos «Manuel J. Peláez», del que cada año damos cuenta en páginas como estas. Un galardón que se entrega una mañana de domingo alrededor del 16 de junio, fecha del aniversario de la muerte de Manuel J. Peláez —en esta ocasión, el 13 de junio de 2021— en un acto relevante en el calendario cultural de Zafra y que este año se celebra con las precauciones y limitaciones propias de la situación que vivimos.

El premio se ha otorgado hasta ahora a «Última duda», de Isabel Urueña Cuadrado, en 2013; «Reconocimiento», de Ángel Pontones Moreno, en 2014; «El timo», de Diego Rinoski, en 2015; «Indigestión», de Eva Limendoux, en 2016; «Rugido» de Francisco Germán Vayón Ramírez, en 2017; «Agujeros negros», de Alberto Rodríguez Guerrero, en 2018; «Vencido», de Pilar Alejos Martínez, en 2019 y «Sin palabras» de Margarita del Brezo, en 2020.

Concebido este certamen como una actividad de participación social comunitaria en torno a la cultura, también el propio proceso de selección de los microrrelatos se convierte en una oportunidad de participación y debate literario para el grupo de personas que forman parte del jurado. Un jurado presidido desde la primera edición por María del Carmen Rodríguez del Río, catedrática de Lengua y Literatura, y del que han sido vocales las lectoras Mercedes Santos Unamuno, Eva Arenales de la Cruz y Carmen Canseco Lavado (las dos últimas también directivas de la asociación); la profesora Maribel Santana Herrera; la correctora de textos Teresa Peláez Santos, y Margarita del Brezo, ganadora de la edición anterior, que se incorporó al jurado en la última fase de las deliberaciones. José Carlos Martínez Yuste ejerce desde la primera edición como secretario, con voz pero sin voto. Francisco José Najarro Lanchazo, José María Lama Hernández y el propio José Carlos Martínez Yuste se encargan de la revisión de este libro para su edición.

Los numerosísimos microrrelatos que concurren al premio (2.726 en esta edición, la que más textos ha recibido) alargan durante varios meses el proceso de selección, que comienza con el reparto entre el jurado por tandas de los textos para descartar aquellos de peor calidad. Los relatos presentados deben tener entre 9 y 186 palabras, como homenaje a dos de los microrrelatos más famosos de la historia de la literatura en castellano: las nueve palabras de «El Dinosaurio» de Augusto Monterroso y las 186 del capítulo 68 de *Rayuela* de Julio Cortázar.

Salvados, aproximadamente, unos cuatrocientos microrrelatos, una sexta parte del total, se procede a leerlos por parejas hasta dejar la selección en menos de cien, que se leen de nuevo por tríos. Los finalistas son unos cuarenta textos que acabarán publicados en el libro que cada año se presenta en el acto de entrega del premio. De esos textos finales se eligen los primeros finalistas y, entre ellos, el microrrelato ganador. Las últimas deliberaciones del jurado de esta novena edición fueron sobre microrrelatos de Miguelángel Flores, Isabel Forteza Castaño, Esther Gómez Babin, Ana Cristina Lluch Romero, Sara Losada Coca, Pedro Maestre Herrero, Manuel Nuño Prieto y Eloy Serrano Barroso. De ellos, el ganador final fue el texto «Memoricidio», de Ana Cristina Lluch Romero, de Aldea del Fresno, Madrid, que obtuvo los 1.200 euros del premio.

Este librito ofrece a lectores y lectoras los cuarenta y un microrrelatos finalistas. Una vez más, agradecemos la participación de quienes, escritores y escritoras, han presentado sus relatos al certamen.

**Junta Directiva del Colectivo «Manuel J. Peláez»
(2020-2021)**

PRESIDENTE:

José Francisco Gras Muñoz

VICEPRESIDENTA:

Eva Arenales de la Cruz

SECRETARIA:

Carmen Canseco Lavado

TESORERA:

Isabel Belloso Bueso

**Jurado del IX premio de microrrelatos
«Manuel J. Peláez» (2021)**

PRESIDENTA:

María del Carmen Rodríguez del Río

VOCALES:

Mercedes Santos Unamuno

Eva Arenales de la Cruz

Carmen Canseco Lavado

Maribel Santana Herrera

Teresa Peláez Santos

Margarita del Brezo

SECRETARIO:

José Carlos Martínez Yuste



MICRORRELATO GANADOR



Ana Cristina Lluch Romero
(Aldea del Fresno, Madrid)

Nací en Elda, Alicante, hace 48 años. Soy la mayor de cuatro hermanos. Pasé una infancia feliz, rodeada de familia entre pinos y romero. Me subía a los árboles y al tejado de la casa familiar para ver atardecer mientras por la ventana de mi habitación se escapaban estribillos de canciones ochenteras y el sonido de la flauta dulce en *The fool on the hill...*

Con dieciocho años me fui a estudiar periodismo a Madrid. Allí conocí al que desde entonces camina a mi lado, un titiritero cuentacuentos como yo que me abrió las páginas de un nuevo libro donde todo estaba por escribir. Fue entonces cuando decidí cambiar el oficio de informar por el de narrar y me convertí en Ana Titiricuento.

Viajo por ciudades, pueblos y aldeas. Cuento historias que invento, que descubro en libros leídos y soñados, en fotografías, en canciones... Visito bibliotecas, librerías, colegios... Voy allá donde unos ojos me quieran ver y unos oídos escuchar.

Hablar de mi relación con los microrrelatos es hablar de Zafra, de sus rincones de cuento, de los maravillosos amigos que tengo por estas tierras y del Premio «Manuel J. Peláez».

Todo comenzó en febrero de 2017. Animada por un amigo, decido participar, por primera vez, en un premio literario. Recuerdo que pedí a mis microrrelatos que se organizaran un poco en mi cabeza. Hasta ese momento vivían en ella tranquilos y felices y solo salían en contadas ocasiones. Tras un rápido y divertido casting, «Selfie» fue el elegido. Le ordené que se vistiera con sus mejores galas, que saltara a un folio en blanco y que permaneciera allí de manera concisa, precisa y sonriendo al jurado como solo él sabía hacerlo. Quedó finalista.

En la siguiente edición todo fue muy distinto. La inesperada muerte de mi padre me enseñó que a veces los micros no residen tranquilos y felices en tu cabeza, sino que se van gestando lentamente en tus entrañas, alimentándose de tus más terribles vivencias. No queda más remedio que parirlos con dolor, arrancarlos de lo más profundo de tu ser con brutalidad y desesperación. «El vacío» nació repleto de rabia, de miedos, de preguntas, pero también de comprensión y de perdón. El vacío que sentía y que traté de llenar con aquel microrrelato se colmó de felicidad al quedar finalista en la edición de 2018.

Y tras participar en las dos ediciones siguientes me encuentro en este 2021 con uno de mis textos como

relato ganador y el otro seleccionado para aparecer publicado en este libro. ¿Es o no es para volverse loca de alegría?

Además, por si fuera poco, descubro que los textos de este año eligen una ruta distinta para llegar a mí. Esta vez ya no toman como punto de partida mi cabeza, ni salen de las entrañas, sino que llegan desde el corazón. Me enamoro de sus personajes, lloro con ellos y me sorprendo escribiendo sus historias desde mi madurez pero también desde la repulsa, la condena, el rechazo, la dura realidad y la belleza, sobre todo, la belleza.

En mi propósito de contar estas historias, trato de hallar las palabras precisas, las frases perfectas y a veces siento que me faltan, que no puedo encontrarlas. Entonces recorro a mujeres maravillosas que me rodean y me las susurran al oído, como cómplices de mi tarea de que estas historias estremecedoras no queden en el olvido.

A todas estas mujeres dedico mi premio.

Y, por último, no puedo más que dar las gracias al Colectivo «Manuel J. Peláez» por darme la oportunidad de encontrar en mi cabeza, en mis entrañas y en mi corazón las historias que ahora viven en estos libros.

Un microrrelato debe ser fugaz en su lectura y eterno en nuestra memoria.

MEMORICIDIO

La mujer abrió la puerta de las ruinas donde habitaba con su miedo y observó cómo una lluvia de páginas caía sobre la ciudad.

Sorprendida y atraída por aquel extraño fenómeno atmosférico, cogió su paraguas y salió a la calle.

En ese instante, la cadencia de unos versos al llegar al suelo formó un charco de poesía, dos figuras retóricas salpicaron sus zapatos y un prólogo sin volumen mojó la ropa tendida.

Miró al cielo y aquella inesperada precipitación de textos literarios le caló la consciencia. Entonces, cerró el paraguas y abrió los brazos, desplegándolos como una bailarina al final del tercer acto.

Con su dignidad intacta y la fortaleza necesaria para hacer frente a tanta barbarie, decidió emparearse de aquellos vestigios de memoria, de aquella lluvia de cenizas y palabras.

Y mientras en su cabeza sonaba un adagio, al final de la avenida, la biblioteca de Sarajevo ardía.

PRIMEROS FINALISTAS
(Por orden alfabético de apellidos)



Miguelángel Flores (Sabadell, Barcelona)

Sabadellense y cordobés a partes iguales, nació en 1967; a un año de que Massiel ganara Eurovisión y a dos de que el hombre pisara la luna por primera vez. Pudiera parecer que esto no dice mucho de él, pero sí. Es el menor de doce hermanos, lo cual también dice bastante. El haber estado toda su vida rodeado de mujeres, dice el resto de todo. Le bautizaron con dos nombres de tíos carnales y años atrás, en un ramalazo de autoafirmación, decidió convertirlos en uno solo, único y rotundo. Siendo solo un soñador que lo pone por escrito, mitad por vocación, mitad por necesidad, escribe de oído microficción y teatro, habiendo publicado de lo primero *De lo que quise sin querer* (Ed. Talentura), en 2014; y *De dolor carmesí* (Ed. Bululú), en 2021.

EL AFILADOR

El afilador viene siempre los martes, muy temprano. En cuanto se escucha su chiflo, los vecinos dejan lo que están haciendo y bajan veloces. La mayoría de ellos le llevan cuchillos, machetes y navajas. Y, cada vez menos, hachas. Pero también se acercan a primera hora parteras trayendo sus tijeras de cortar cordones umbilicales, algún corsario con garfio, recién llegado del puerto, y los típicos asesinos madrugadores, con sus puñales de matar de frente y por venganza. En cambio, aquellos que quitan la vida por la espalda o a traición se quedan para el final. Merodean y esperan

disimulando de cerca, con el oído bien puesto,
antes de entregar al amolador sus largas lenguas
para afilar.

Isabel Forteza Castaño (Torrent, Valencia)

Isabel Forteza Castaño (Valencia 1958) es oficial de notaría, especialista en la redacción de textos jurídicos. El inicio de su andadura literaria comenzó hace cuatro años coincidiendo con su jubilación. En ese tiempo ha participado en numerosos concursos de microrrelatos, habiendo obtenido diversos reconocimientos en algunos de ellos. Ha finalizado también su primera novela, *Yo te Salvaré*, que verá la luz próximamente.

Tanto la sinopsis de la novela como algunos de sus textos pueden leerse en la web de la autora: www.isabelforteza.com

ARRUGAS

Frente al espejo, repaso minuciosamente mi rostro, como cada mañana desde que cumplí los ochenta. Descubro una nueva arruga y, emocionada, saco del cajón un retrato de mi juventud y trazo unos garabatos que solo yo entiendo. Lo mismo hice con otras que le precedieron. Las pinto en la foto y anoto su significado antes de que mi memoria se desvanezca del todo. Así voy componiendo el mapa de mi existencia y luego recorro sus caminos y me pierdo entre surcos y recovecos. Exploro la geografía de mis risas, la de mis llantos, la del dolor de mis partos, revivo anhelos infundados, besos apasionados y otros que nunca di. Hay pliegues de vicios pasados y

de noches en blanco, rastros de muecas repetidas y de pecados inconfesables. Algunas hendeduras son evocadoras de ilusiones y sueños, otras atestiguan logros y fracasos y unas pocas más esconden asignaturas pendientes. De unas aprendí que antes de guardar rencor era mejor perdonar y otras me enseñaron el valor del silencio. No son los peldaños de mi declive, sino las estelas de mi vida y el hueco que dejaste al partir.

Esther Gómez Babin (Madrid)

Compañera, madre, trabajadora y soñadora a tiempo completo, le robo horas al día para verter en papel lo que me llena el corazón. Voy aprendiendo, poco a poco, que la realidad puede superar los límites de la imaginación y que hay miles de mundos maravillosos dentro de cada cabeza. Hoy soy feliz, porque uno de los míos ha llegado a tus manos.

HOMBRE ERIZO

Ella camina con paso ligero. Viene rodeada de una nube de pompas de jabón que impregnan la calle de olor a frescor y promesa. En su interior revoloteaban sueños de aventura, música, ballenas rescatadas y risas infantiles con moratones en las rodillas. Al cruzarse con él, cree ver el amor en el reflejo iridiscente de sus ojos. Decide acercarse. Se cogen de la mano. Él duda, pero al final la abraza, mientras se convence de que puede controlar sus púas.

Sara Losada Coca (Montequinto, Sevilla)

Licenciada en Ciencias de la Información, graduada en Gestión Cultural y postgraduada en Escritura Creativa. Ha publicado los libros: *Puentes*, *Micromundos*, *A qué sabe lo que somos* y *No quieras saber tanto*. Participa en varias antologías de microrrelatos, entre ellas: *Resonancias*, *Brevirus*, *1 byte de horror* y en *Historias mínimas*. Asimismo, ha obtenido mención especial en el I Concurso Internacional de Minificción IER/UNAM, 2020 y el Primer Premio Internacional de Microrrelato de la Fundación Cultural Ángel Herrera Oria y el Proyecto MiRed 2020. Desde hace más de diez años imparte talleres de escritura creativa y forma parte de la Asociación Cultural Bohemia y de la Red de Mujeres Microficcionistas (REM).

DESORIENTADOS

El suyo no es el primer tatuaje que cobra vida. Resulta algo común ahora que todos deambulamos entre la ficción y la realidad sin saber bien dónde pisamos. Su mariposa empezó a volar de repente y desapareció, dejándola huérfana de símbolos. Desde entonces despliega sus tonalidades junto a otros tatuajes con alas que vuelan desorientados por los escasos jardines entre el mundo real y el imaginario.

Ayer un grupo de corazones atravesados por flechas cruzaron también la frontera. Por eso anun-

cian para hoy una avalancha de enamoramientos, aunque no se sabe dónde.

Pedro Maestre Herrero (Elda, Alicante)

Solo soy un aprendiz bastardo e impropio de todos los grandes microrrelatistas: Juan José Arreola, Julio Cortázar, Augusto Monterroso, José María Merino, Franz Kafka, Jorge Luis Borges, Ana María Shua, Anton Chejov, Macedonio Fernández, Juan José Millás, Fernando Pessoa, Ramón Gómez de la Serna, Hipólito G. Navarro, Lewis Carroll...

OFICINA DE OBJETOS PERDIDOS

—Buenos días, he perdido la maleta. Era de color túnel interminable.

—Con... esa... característica...

—He perdido también un guante izquierdo. Y ahora el derecho se siente muy solo. Y... también perdí la inocencia mucho antes de lo debido. Y la virginidad mucho después de lo deseado. Y perdí también el amor de mi vida sin ni siquiera haberlo tenido. Y el doméstico y necesario, mustiado de desamor. Y a mi hijo, salvo quince días en verano que lo visito en la fría Islandia. Y a mis padres, de viejitos. Y a mi mejor amigo, de enfermedad. Y, como una roca erosionada por la voraz intemperie, recientemente, la ilusión de vivir. Y no la encuentro por ninguna parte. Por eso pierdo maletas... Para, por lo menos, encontrar algo...

Aunque estén tan vacías como mi vida cuando las abro y yo siga siendo su dueño inapropiado.

—Su maleta... era de cielo inaugural y tenía una pegatina resplandeciente como un oro benigno con el nombre de la ciudad de Málaga, ¿no?

—¿Cielo inaugural? ¿Resplandeciente? Sí, sí, es la mía.

Manuel Nuño Prieto (Zafra, Badajoz)

Escritor y periodista cultural extremeño. Autor de la novela *Tripas* (Ed. Maldita Cultura, 2020). Colaborador como articulista y crítico musical en varias publicaciones de ámbito nacional, trabajo que combina con otras labores de edición y corrección dentro del complicado, aunque satisfactorio, mundo editorial independiente. Amante del rock, de sus amigos y de la cerveza.

AMORFOSIS

No existe especie animal con un ciclo biológico más extraño que el de las mariposas del estómago. Aparecen de repente, despliegan sus alas de colores completamente desarrolladas y polinizan con sus vuelos el jardín del cuerpo que las acoge. Durante un tiempo indeterminado, las mariposas bailan incansables en perfecta armonía, eléctricas, describiendo círculos que mantienen el calor de su propio ecosistema primaveral. Hasta que un día detienen su aleteo y se posan agotadas. El frío regresa. Y, tras un interminable periodo de cristalización en el que hacen pupa en el corazón, se transforman, mediante un proceso de metamorfosis invertida, en las orugas que devoran por dentro las hojas secas que me dejó tu ausencia.

Eloy Serrano Barroso (Madrid)

Probablemente, el microrrelato más corto que se ha escrito es uno del escritor Guillermo Samperio. Su título: «El fantasma». El texto: la página en blanco. Como me aburre escribir una nota biobibliográfica, tentado he estado de hacer algo parecido: poner mi nombre y dibujar un fantasma. Pero no, solo diré que ahora estoy aquí: www.lashoraslentas.com

TIC TAC

No es de oro, ni de plata. Era el reloj de mi padre. Tiene números romanos y agujas labradas, y la esfera es blanca nacarada. Me gustaba el gesto orgulloso con que se lo sacaba del bolsillo del chaleco o del pantalón, y cómo luego quitaba la tapa con un golpecito del pulgar y lo miraba satisfecho alzando la ceja izquierda, sobre todo cuando comprobaba que su hora coincidía con la que daban en Radio Nacional. «Clavao», decía entonces, y, sosteniéndolo por la cadena, lo dejaba balanceando delante de mis ojos como si fuera un péndulo para hipnotizarme. A veces me dejaba darle cuerda, y yo me lo acercaba al oído para oír su latido. Mi padre siempre lo llevaba consigo, incluso cuando bajaba a la mina. Prometió regalármelo cuando cumpliera los dieciocho. Pero seré yo quien se lo regale a mi hijo, aunque antes tendrán que cambiarle el cristal, restaurar

la caja llena de arañazos y recomponer el mecanismo, porque lleva muchos años parado en la fatídica hora de las doce y veinte, y ya es tiempo de que vuelva a latir.

RESTANTES FINALISTAS
(Por orden alfabético de apellidos)



MUDANZA

Esther Bajo Álvarez (León)

Le dio una vuelta a la casa para asegurarse de que todo estaba empaquetado. «¿Habéis guardado el álbum de fotos, mis gafas de cerca, el chal de mi madre, las zapatillas de casa?». «Sí, madre, lo hemos recogido ya todo». Salió a la huerta. El corazón le latía muy deprisa y se sentó un momento en la silla, bajo la parra. Y hubiera querido preguntarles: «¿Y el olor de las manzanas en el árbol y el tono de los brotes cuando asoman y el sudor atrapado entre los surcos y el canto de los ruiseñores por la noche y el nido de la cigüeña, y los besos que vuestro padre y yo nos dimos entre los cerezos... también los habéis recogido? ¡Porque a ver cómo meto yo todo eso en una habitación!».

TOMÁS LÓPEZ

Adrián E. Belmonte García (Elche, Alicante)

Quando iba al colegio, todos me decían que tenía que ser como Tomás López. Mi compañero de clase Tomás López era el mejor alumno del curso, el mejor deportista de la escuela, el mejor educado de todos; el mejor niño, sin lugar a dudas. Mi tutora me sugería que estudiase tanto como Tomás López, mis abuelos me aconsejaban que me comportase tan bien como Tomás López, mis padres me insistían en que fuese como Tomás López.

Hoy, tres décadas después, mientras comía con mis progenitores en el hogar que aún compartimos, la presentadora del noticiario anunció una singular primicia: el exdiputado Tomás López había sido hallado culpable de evasión fiscal y blanqueo de capitales, y por ello sentenciado a seis años de cárcel.

Decidí interrumpir con naturalidad el incomprendible silencio reinante.

—Si lo pensáis bien, a través de los impuestos, os encargareis de su manutención en prisión. Vuestra renta le costeará la comida y el techo.

—Sí, como a ti desde hace cuarenta años —protestó papá. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que ya soy como Tomás López.

DESTINADOS

Gloria M^a Bosch Maza (Barcelona)

—*Llegas tarde*, le dijo, después de que él se acostara a su lado con dificultad. A papá le gusta salir por la noche a tomar el aire, cosa que a ella le mortifica. Después del divorcio no volvieron a verse hasta que coincidieron en este lugar. El primero en llegar fue él, una caída tonta hizo que se rompiera la crisma. Mamá entró años más tarde por un infarto. Ahora comparten lecho, pero ya no se gritan, sólo intercambian algún reproche, fruto de la costumbre. Yo les oigo desde el nicho de al lado, llegué hecha polvo por culpa de la moto. De momento evito ir a verles, no vayan a llevarse un disgusto. Seguro que me imaginan con niños, un anillo en el dedo y una hipoteca por pagar. Si supieran que estoy cerca me amarían la muerte. Mejor así, cada uno en su espacio.

G.P.S.

Javier Bozalongo Antoñanzas (Granada)

Nos perdíamos menos cuando llevábamos un mapa de papel en la guantera del coche. Desplegarlo era difícil dado su tamaño, así que parábamos y lo abríamos encima del capó, discutiendo quién de los dos tenía razón. Hoy viajo solo y escucho una voz metálica que desde una pequeña pantalla me indica el camino: <<En la rotonda, tome la tercera salida...>>. Dice que mi destino está a menos de un kilómetro, pero allí no hay nada. Nadie. Vuelvo a la rotonda, cuento las salidas... y nada. Nadie. Tal vez este era el final. Nada. Nadie.

BLACK MIRROR

Marina Bravo Clavero (Liverpool, Reino Unido)

Nos fuimos de crucero, para desconectar. Cuando los delfines saltaron junto al barco, nadie los vio. El sol se reflejaba en nuestras pantallas.

TARTA DE DIVORCIO

Leticia Castro Burkun (Madrid)

Ingredientes:

350 g de gritos

½ docena de tedios

200 ml de rutina

4 cdas soperas de llanto

2 tazas de discusiones

La ralladura de un odio

Portazos e insultos a gusto

Para la cobertura:

1 bote de desconsuelo

300 ml de autocompasión

200 g de tristezas picadas finas

Preparación:

Mezclar la rutina, los tedios y las discusiones hasta que tengan una consistencia homogénea y asfixiante.

Dejar reposar unos meses.

Agregar los gritos, el llanto y el odio.

Sazonar con portazos e insultos.

Cocinar los años necesarios entre 0°C y 40°C (aproximadamente). Cuando esté en su punto, el consumidor se dará cuenta solo.

Para realizar la cobertura batir el desconsuelo y la autocompasión durante largo tiempo.

Decorar con las tristezas picadas.

Servir con una bola de lágrimas.

LECTOR COMPULSIVO

Enrique Colomina Moreno (Orihuela, Alicante)

Siento un gusto atroz por los libros. Las buenas obras me las bebo en una tarde. Las malas las devoro en un par de días y, si son de tapa dura, en tres. Todas me dejan buen sabor, aunque mis dientes ya se van resintiendo.

FILAMENTOS

Olga Alicia Defferrari Seillant
(Buenos Aires, Argentina)

El cielo plomizo y la llovizna no hacían más que acrecentar su angustia en un momento y un espacio en los que jamás hubiese deseado estar. Se detuvo tras la vidriera opacada por la suciedad añeja, divisó el mostrador y tras él la figura desdeñable. Empujó la puerta gastada y arrastrando los pies en un vano intento por estirar el tiempo, se acercó, metió la mano en el bolsillo del saco y echó su contenido sobre la tabla raída. La balanza tintineó menguando en parte el silencio hiriente, mientras las imágenes de la infancia se sucedían implacablemente, entremezclando voces, olores y texturas. Las rugosidades del cascabelero de su hermana menor, fileteado con hilos áureos, volvieron a rozarle los dedos como cada vez y la risa tan amada le atravesó el alma.

Recibió el pago exiguo con expresión adusta y enfiló hacia la salida, mientras el grito abyecto «¿Y tú qué pretendes, el oro y el moro?» le asesaba el golpe final.

MONSTRUOS

Mario Díez Bajo (Madrid)

El niño soñó con monstruos.

Una bruja de piel verde y nariz puntiaguda. Un muerto viviente con la carne colgando. Vampiros, momias, demonios... Era un sueño plácido.

Fue al despertar y escuchar la voz iracunda de su padre cuando sintió el verdadero terror.

EL ALARIDO QUE CAMBIÓ EL MUNDO

Hernán Luis Digilio (Buenos Aires, Argentina)

«¡Tierra!», grité con la voz cascada de la madrugada y el aliento amargo del que ya nada espera. Morían los motines, las desilusiones y la angustia; nacían el ocaso de los unos, la codicia de los otros y la incredulidad de todos. ¿Los 10.000 maravedíes? ¡A tomar viento fresco! ¿El jubón de seda? ¡Que le aproveche, almirante! ¿Mi lugar en la historia? Tal vez será, apenas, una sombra, pero solo yo sé de qué manera deslumbraron mis ojos las candelas indias y cómo el corazón me saltó por la boca para dar el alarido que cambió al mundo.

2020

Laura Félez Álvarez-Mon (Berango, Vizcaya)

Entré en la biblioteca y descubrí, para mi sorpresa, que habían cambiado algunos libros de sitio. Ahora los de medicina están en la sección de Misterio, las guías de viaje en la de Fantasía y los de autoayuda en Actualidad.

AZOTEA

Pablo Forner Salas (Vila-Real, Castellón)

Aquel asunto le incomodaba. Estaba tumbado sobre la cama, de lado, mientras observaba la ventana. El reflejo de la luna penetraba en la habitación deslizándose como un tenue manto por la estancia. La noche ya no guardaba más tiempo para él, así que se levantó y se dirigió a la cocina. A los pocos minutos los efluvios de un aromático café hacían acto de presencia mientras rompían un bostezo atrasado. Recordó que tenía que tender la colada que había dejado la noche anterior. Cogió las pinzas y el barreño y subió a la azotea. Nunca había subido a esa hora. Empezaba a amanecer. Una suave brisa golpeaba su rostro. Tendía las prendas que le vestirían aquella semana. Por un momento se sintió libre, animoso y despreocupado. Aquella cotidianidad evaporó su conciencia. Se vio allí sujetando prendas de ropa. Y vio a los primeros transeúntes que empezaban con prisas el día. Aquel camión regazado recogiendo los últimos escombros y un operario regando el asfalto. Quizá la perspectiva era la que vestía los problemas. Bajó y, con una sonrisa en su rostro, dio por empezado el día.

EXACTITUD

Bernardo Gandul Duarte (Coslada, Madrid)

Con esa exactitud tan característica de alguien dedicado a la ciencia, el Doctor entró serio y pulcro al lujoso local. Se quitó el abrigo mientras buscaba un lugar a su gusto. Entonces se sentó a la mesa.

Tras una leve señal del *maitre*, apareció un camarero para tomarle nota. Pidió 5 espárragos trigueros de 10 a 12 centímetros de largo, un solomillo de buey de 195 gramos y 21 centilitros de vino tinto; de postre, 3 bolas de helado de vainilla con 6 guindas. Para terminar, café con una manchita de leche en vaso largo. Esperó entonces, impaciente, la llegada de su comanda.

El cocinero, un chef marroquí con mucha experiencia en hoteles de la Costa Azul, observaba atento cómo el famoso cirujano terminaba su comida.

Tras diseccionar el filete con absoluta precisión y tomarse el vino en diminutos sorbos, pidió la cuenta. Revisó despacio la minuta y se levantó para despedirse alzando la mano, tras dejar exactamente 41 céntimos.

Al instante, sin ninguna exactitud, entre el cocinero, el camarero y el *maître*, se acordaron, unas 100 veces, de la señora madre del Doctor.

LA APARICIÓN

Sol García de Herreros Madueño (Segovia)

Ahí fue, en el rincón de enfrente de la cama. Desde el primer momento supe que ni soñaba ni se trataba de una sombra, y le reconocí: era él, el mismísimo Jorge Luis Borges apareciéndose al lado de la cómoda. «Dejalo, dejá ya de escribir», musitó con su suave acento de porteño viajado. Yo me sentía tan honrada por su visita, fíjate, que inicialmente ni siquiera atendí a sus palabras. Entonces me explicó que su obligación como alma del más allá era disuadir a los escritores sin talento para que no perdieran más el tiempo ni contaminaran la literatura. La verdad es que, aunque una conoce sus limitaciones, el mensaje me pareció un poco duro. «¿Ni siquiera algún microrrelatito?», intenté suplicante, y él negó con la cabeza sin compasión alguna. Pero lo que más me dolió fue el tono con el que me incluyó entre sus visitas al despedirse. «Vos y los otros, millones de mediocres», suspiró cansado.

ADIÓS, ARIADNA

Alicia del Rosario G. González
(Cangas del Narcea, Asturias)

—Lo siento, pero esto no funciona así —dijo ella, cerrando la maleta. Aún le palpitaba el rostro por el bofetón.

—¡Pero yo te quiero! —repuso él con ojos vidriosos y frotándose la palma de la mano contra los pantalones. Perdóname...

Lo miró un segundo, con toda la frustración de los años contenida detrás de su mirada. Quizás si le explicaba que no tenía que doler... «No. Otra vez, no», pensó antes de agarrar con fuerza la maleta.

Esquivó el cuerpo del hombre para alcanzar la puerta de la calle. Él, en un último intento por retenerla, le enganchó el elástico del jersey con la uña del dedo índice, desgarrándolo; pero ella siguió caminando, derecho y hacia abajo, hasta el portal. El suéter, deshilachado, dejó un laberíntico reguero de lana roja enredado por la escalera.

—Seguro que algún día quieres volver... —murmuró, con falsa esperanza, al vacío del descansillo.

Ya en la calle, ella se deshizo de la prenda rota y la tiró al contenedor. Hacía buen día para ir en manga corta y, al fin y al cabo, siempre había odiado ese jersey.

PREMOLAR

María Gil Sierra (Madrid)

Las almohadillas amortiguan sus pasos a lo largo del corredor. Nadie le ve. Entra en la habitación de Antonio, que descansa ovillado a un lado de la cama. Extraña visita, piensa. En los otros dormitorios que frecuenta, la curiosidad se desparrama entre peluches y demás juguetes. Aquí todo es orden. El pantalón doblado sobre el respaldo de la silla, la camisa colgada en el armario, el diente bajo la almohada. Qué fácil encontrarlo —hay niños descuidados que los extravían. Agarra su botín con sigilo y se lo guarda en un saquito. A cambio, deja un recuerdo. El viejo tren de hojalata. Para que avive la memoria de Antonio, consumida por el tiempo.

RUPTURA

Esther Gómez Babin (Madrid)

Me concentro en mirar al frente. Cualquier tropiezo puede delatarme mientras busco la salida a través de las gafas empañadas. He acertado poniéndome el chaleco impermeable para quedar con ella; aunque la sangre me empape la camisa, nunca sabrá que me ha destrozado el corazón.

SABOR A MÍ

Gustavo Eduardo Green Sinigaglia
(San Antonio de Areco, Argentina)

¡Ernesto! Basta de comerte las uñas —rugía la voz materna.

Infructuosas fueron las prácticas destinadas a evitar que las consumiera, de nada sirvieron el rociado con aceite de ricino, los dedales de acero y la aplicación de cemento instantáneo (exagerada medida que solo logró la caída de tres piezas dentales).

Ahora ya no era la voz de mi madre. Con el mismo tono retumbaban las palabras de mi esposa.

Con el tiempo comencé a deleitarme con las cutículas y las yemas de los dedos.

Intimidado por mi mujer consulté a especialistas. Infinidad de tratamientos fueron fracasando en cadena.

Cada experimentación aumentaba mi voracidad, me hacía descubrir sabores cautivantes. Quien no degustó un codo no tiene noción del manjar que se pierde.

Años de yoga me permitieron acceder a delicias desconocidas por el hombre. Paladear una rodilla, morder un glúteo o engolosinarse con las vueltas de una oreja se convirtieron en placeres irresistibles.

Con el pasar de los años y la desaparición de partes del cuerpo, mi movilidad se fue restringiendo.

Hoy tan sólo me queda aplicar el mordisco a mi carnoso corazón.

REPUDIO

Ana Cristina Lluch Romero
(Aldea del Fresno, Madrid)

Kalinovik, Bosnia, 1993.

—¡Empuja!

En su mente, soldados con impulsos lascivos en
la recámara invaden su cuerpo.

Ella lucha por negar la realidad y destruir cada
uno de los recuerdos que la arrastran a ese día.

—¡Es un niño!

—No quiero verlo.

COBARDICAS

Pablo López Martín (Madrid)

Y luego están los niños que lo cuentan todo, todo, todo, y al decir esto, pienso en realidad en Luis.

—Mis padres tienen miedo a volar —nos contó un día.

—¿Desde cuándo? —le pregunté yo.

—Desde el último viaje, cuando fuimos a Disneylandia con los primos y toda la familia. El avión se averió en pleno vuelo y mis padres se asustaron mucho. Mi madre nos abrazó a todos como si fuera a ser la última vez.

—¿Y tu padre?

—Mi padre corrió a abrazar a la tía Teresa, con todas sus fuerzas. Desde entonces andan siempre callados. No se les ha quitado el miedo del cuerpo. Cobardicas.

ISABEL SE ABURRE

Roberto López Ortiz (Alicante)

Arrastraba sillas, encendía y apagaba luces, de vez en cuando abría y cerraba los cajones o los revolvía un poco. A veces sacaba alguna cosa y la lanzaba por los aires. A pesar de todo nunca faltó nada de valor en casa. Otras noches correteaba por los pasillos, o la escuchaba correr escaleras abajo. Yo sentía lástima por ella, tan pálida y desaliñada, y siempre con la misma ropa. Me hubiese gustado comprarle algo yo mismo, pero jamás salió una palabra de los labios de Isabel. Al fin y al cabo, era inofensiva. Más bien pienso que lo hacía por tedio. Una mañana me levanté y ella se acercó a abrazarme, supe que no iba a despertar más. Desde entonces, abrimos y cerramos puertas juntos, arrastramos sillas...

EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Sandra Monteverde Ghuisolfi (La Unión, Murcia)

Desde hace unos meses, cuando se cruzan por los pasillos, el amor desborda sus pupilas y se comen con los ojos ante la inopia general. No pueden proclamar su relación, pero se las ingenian para encontrarse furtivamente algunas noches y entregarse a una pasión plena, aunque moderada, porque ambos padecen sendas afecciones cardíacas.

A todas luces hay «algo» que los ha revitalizado; Toño anda cada vez más erguido y ya no arrastra la pierna izquierda y Alberto ha olvidado la mayoría de sus numerosísimos males imaginarios.

Don Juan insinuó alguna vez que entre esos dos había algo raro, pero los demás lo mandaron callar, alegando que solo decía sandeces porque estaba cada día más chocho.

Infinidad de veces han imaginado la que se liaría si montasen un numerito, pero como saben que se exponen a un montón de problemas, los amantes callan y todos felices.

Y es que después de tantísimos años viviendo allí, tanto Toño como Alberto conocen muy bien

el nivel de tolerancia de los demás ancianos con los que comparten el residencial.

UNA CON GRILLOS

Mateo Núñez Ábrego (Buenos Aires, Argentina)

En la punta de una mesa de tablones y caballetes, una mujer gorda maldecía a los caracoles porque le babeaban los aloe vera. Se secaba la frente con una servilleta y se quejaba del calor, tomando agua con limón y transpirando como condenada. Sin una gota de viento en ese patio lateral, le vino a caer un corcho de sidra en el vaso dándole el susto de su vida. No fueron los truenos de ese diciembre lo que estalló sino la ira de la mujer que frunció el ceño y miró a las personas de la mesa, que enmudecieron al igual que los grillos del fondo que, no sé cómo, siguieron la secuencia del proyectil pausando el repertorio porque la cosa andaba de mal en peor. Y en medio del embrollo, una carcajada vino de la otra punta del tablón donde estaba sentado Alberto. Fue el principio del fin: vibró la mesa, se escondieron los caracoles y la mujer secó su garganta al grito de «¡viejo de mierda!» retumbando hasta la esquina. Y los grillos corearon, como para cerrar la cuestión.

EL MENSAJERO

Amparo Paniagua Muñoz (Valladolid)

El mensajero llega tarde.

Cuenta que se perdió en un atajo y que no le dejaron atravesar la orilla del oasis para aplacar la sed. Llega con los pies molidos, envuelto en andrajos y sin el pergamino con las órdenes expresas.

Dice haber atravesado montañas sin bautizar y un par de ríos limpios; dice haber aprendido dos o tres canciones populares que les cantan como nana a los niños. Y que la octava luna es tan bella que le pondrá ese nombre a su amada cuando deje de trajinar caminos. A su caballo hace días que le perdió la pista o quizá se lo robaron en los escasos momentos de sueño.

El mensajero hace sumas equivocadas para que le cuadren en el corazón las pérdidas y las ganancias (solo él sabe que se engaña).

Relata con viveza y descaro sus aventuras por esas tierras lejanas, pero sus cardenales delatan cansancio, luchas y carencias. Se ha sentido extranjero y ha conocido el hambre devastadora, pero lo que más lamenta es que las órdenes del

pergamino fueran imprescindibles para impedir la guerra. Y amargamente llora.

AMOR VISCERAL

Marina Pibernat Vila (Maià de Montcal, Girona)

Tú, con tu tez clara, tu semblante tranquilo y el alma abierta de par en par, eras el hombre más atractivo que había visto jamás. Yo quise robarte el corazón... Y lo hice en cuanto se dio la vuelta mi profesor de prácticas de autopsias.

BATALLAS NOCTURNAS

Juan Pons Antúnez (Cartagena, Murcia)

El lector, agotado, dejó su flamante *e-book* en la mesita de noche, junto a la pila de libros de papel. Dio un sorbo de agua y se echó a dormir tranquilo, ajeno a la insurrección. Después de un rato se escucharon las primeras voces.

—¡En cualquier momento pega esto un chispazo —soltó indignada una edición barata de *Rebelión a bordo*— y nos vamos todos a hacer puñetas!

—Tranquilos —musitó *El Padrino* atizando con su tapa al vaso de agua—, parecerá un accidente.

PROMESA

Rubén Rey Menéndez (Oviedo)

Ya se han ido todos, abuelo. Ya puedo sacar la botella y la copa del gabán. Mira que ir a morirte en septiembre. Todo el mundo preguntándome qué hacía tan abrigado con este calor. Salí del paso como pude; alegué que con los nervios había cogido lo primero que encontré en el armario. Pero ahora que por fin estamos solos, aquí tienes tu coñac. Ni mis manos son ya tan pequeñas ni mi miedo a derramarlo tan grande como cuando era niño, y sin embargo aún me tiembla el pulso mientras sostengo la copa. Te recuerdo diciendo que a ti el coñac solo te gustaba entibiado por los dedos de tu nieto. Jamás en mi vida he vuelto a sentir tal orgullo y ya nunca lo volveré a hacer. Puede que cuando al fin lo derrame y te llegue filtrado a través del suelo, tenga un poco de gusto a tierra y otro poco a madera. Tranquilo, es normal. Si además le encuentras un punto salado, lo siento, no he podido evitarlo.

PRONÓSTICO RESERVADO

Alberto Rodríguez Guerrero (Santoña, Cantabria)

Al poco tiempo de nacer me diagnosticaron una extraña enfermedad: hipersensatez congénita. Los médicos, que hoy en día siempre van con la verdad por delante, me dieron 87 años de vida, con agravamiento progresivo y dolorosas limitaciones vitales. De niño, a causa de la dolencia, nunca pude disfrutar del sabor de la victoria. El miedo a las caídas siempre me hacía correr con el freno puesto mientras jugaba a pillar o montaba en bicicleta. En la adolescencia, mi patología me privó del dulce placer del desenfreno. Nunca cometí idioteces por amor. Al hacerme adulto, empezaron a aparecer síntomas graves como la dieta equilibrada, el reciclaje compulsivo y la indignación silenciosa ante los desmanes ajenos. A duras penas fui llevando mi afección, hasta que, ya de viejo, descubrí la terapia experimental «A la mierda todo». El tratamiento se fundamenta en la ingesta copiosa de alcohol y grasas saturadas, la supresión de telediarios y el abundante uso de insultos y exabruptos. Quizá no logre curarme, pero, joder, cómo ha mejorado mi calidad de vida. ¿Efectos secundarios? No lo sé; también he dejado de leer los prospectos.

DIETA VEGETARIANA

José Luis Rodríguez-Núñez Ramón (Valencia)

Paseaban por la feria del libro, entre el gentío y la primavera. Aitana le preguntó con timidez, un brillo multicolor en sus pupilas:

—Papi, ¿me compras un libro?

Miró con un ojo a su hija y con el otro a fin de mes.

—Y, ¿para qué lo quieres?

—Es que solo te veo reír cuando me los lees.

Durante las siguientes dos semanas, en la dieta familiar, no hubo carne ni pescado.

EL CUATRETO

Santiago Suárez Fernández
(Pozuelo de Alarcón, Madrid)

Entraron decididos. No había vuelta atrás. Se trataba de un trabajo en equipo y requería coordinación, complicidad y precisión. La oscuridad se cernía sobre la imperial sala. La tensa atmósfera se podía mascar, pero el elevado nivel de concentración escudaba su influencia. Ocupó cada uno su puesto sin mediar palabra. El olor a madera noble ascendía sutil. Mientras esperaban alertas a la señal acordada, se oyó un carraspeo. El ronco sonido gutural resonó autoritario, amplificado por la insuperable acústica de la arquitectura. No se inmutaron. Era algo esperado. A la velocidad de la luz, un foco proyectó un divergente túnel de luz sobre sus figuras, destacando sus formas convexas y ocultando las cóncavas. Los reflejos dorados del metal auguraban el éxito. Inmediatamente, el inquieto silencio reinante se vio resquebrajado sin contemplaciones por el estruendo del choque de miles de manos ávidas de contribuir al esperado deleite. Aguantaron espartanamente el regreso del silencio, cuando, ahora sí, a la señal, comenzaron a verter el elixir del sonido de los instrumentos de cuerda.

EL MENDIGO

José Luis Trigo Tejada
(Santa Marta de los Barros, Badajoz)

Entre paredes de hormigón y ladrillos, se encontraba su castillo de cartón, en una calle sin salida. En un rinconcito del castillo, la maleta pequeña con la que partió de la realidad hacia esta vida loca.

Aparcado en la puerta de su fortaleza de celulosa, el carrito de sus pertenencias absurdas. Un reloj que no funciona, para poner la hora que desea que sea. Un balón pinchado, para recordarse cómo están sus sueños. Un peluche roto, para tener un amigo que sepa escuchar. Y un libro sucio, que no se aburre de leer, porque no sabe leer.

Puesta lleva una gabardina con más agujeros que su corazón; en un bolsillo, un brebaje para el olvido; en otro bolsillo, una caja de cerillas para hacer fuego y calentar su inmensa soledad.

Y dentro del castillo, a diez centímetros de su cabeza, donde se acurruca para dormir, tiene siempre un jarrón con flores que roba cada día en un jardín, por si algún día a ti o a mí se nos ocurre ir a visitar su fortín.

CONSTE EN ACTAS

Adriana Tursi (Caba, Argentina)

De nada sirvió que las mujeres hicieran retumbar sus voces en la oficina pública. Los restos de Felixberto Benítez serían entregados a quien legalmente le correspondieran. De nada sirvió que el cura párroco llegara para aclarar que esas buenas cristianas eran hermanas del difunto y correspondía entregarles a ellas las cenizas. En cuanto la Otra llegó de nada sirvió que por más de veinte años se negaran a recibirla y le quitaran el saludo. De nada sirvió, porque en una tarde de arrebato Felixberto Benítez la había tomado del brazo y llevándola hasta el registro público la convirtió en su legítima esposa, aunque tiempo después se olvidara para siempre de ella. Esa mañana, la Otra apareció con la libreta donde constaba que ella era su legítima esposa. En cuanto le entregaron las cenizas, apretó con fuerzas la urna sobre su pecho y apuró sus pasos buscando la salida. De nada sirvió el altarcito, con el mantel almidonado y las flores frescas, que sus hermanas le habían preparado, porque en la casa de la Otra el inodoro fue su último destino.

ALUNIZAJE

Laura Virumbrales Serrano (El Escorial, Madrid)

Dígale, agente, que la quise mucho. Todavía recuerdo el día que la conocí. Pasaba yo caminando por delante del escaparate de su tienda y la vi allí, tan quieta, tan concentrada en su tarea. Una auténtica profesional. Llevaba puesta una ropa de la colección de otoño. Me quedé un buen rato mirándola. Y ella se ruborizó. Entonces me di cuenta de que era diferente a todas las demás.

Pasamos años así, yo iba a verla cada tarde al salir del trabajo y ella me esperaba con una nueva pose detrás del cristal. Le gustaba disimular, hacer como que no se enteraba de mi presencia. Pero yo sé que escuchaba atentamente cada palabra que le decía. Un día fue ella la que me habló a mí:

—Sácame de aquí —me dijo.

Y claro, no pude negarme.

BASES IV CONCURSO DE MICRORRELATOS

“MANUEL J. PELÁEZ”



1.- Podrá participar cualquier persona, presentando un máximo de dos microrrelatos, originales e inéditos.

2.- El texto será de tema libre, escrito en castellano y con una extensión mínima de 9 palabras y una extensión máxima de 186 palabras, incluyendo las del título.

3.- Cada participante enviará UN solo correo electrónico, con dos archivos: uno con el/los texto/s y otro con la plica (nombre y apellidos, dirección postal completa y teléfono) a premiomicrorelato@colectivo-manueljpelaez.org.

Los textos se presentarán en archivos WORD exclusivamente, con el título en negrita encabizando el texto. En la casilla «Asunto» deberá aparecer el título de los textos presentados. La recepción de textos comienza el 1 de enero y termina el día 28 de febrero de 2021.

Dado el volumen de textos que se reciben nos es imposible acusar recibo de los correos ni mantener correspondencia.

4.- Habrá un único premio en metálico de 1.200 euros para el microrrelato ganador. Además del premio en metálico, el texto ganador será publicado, junto a los considerados finalistas, en una antología de edición no venal. Una vez publicada la antología, los derechos de los textos pertenecerán a las autoras y a los autores de los mismos.

5.- El jurado estará compuesto por siete miembros. Su presidenta será María del Carmen Rodríguez del Río. El fallo, que se hará público el 14 de mayo de 2021 en la web y las redes sociales del CMJP y en sus redes sociales, será inapelable.

6.- El premio será entregado el 13 de junio de 2021, en acto público que se celebrará en Zafra (Badajoz). La persona ganadora deberá asistir para hacerse acreedora al premio.

7.- La participación supone la aceptación de todas las bases.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
MICRORRELATO GANADOR	
Ana Cristina Lluch Romero	15
PRIMEROS FINALISTAS	
Miguelángel Flores	21
Isabel Forteza Castaño	23
Esther Gómez Babin	25
Sara Losada Coca	26
Pedro Maestre Herrero	28
Manuel Nuño Prieto	30
Eloy Serrano Barroso	31
RESTANTES FINALISTAS	
Esther Bajo Álvarez	35
Adrián E. Belmonte García	36
Gloria María Bosch Maza	38
Javier Bozalongo Antoñanzas	39
Marina Bravo Clavero	40
Leticia Castro Burkun	41
Enrique Colomina Moreno	43
Olga Alicia Defferrari Sillant	44
Mario Díez Bajo	45
Hernán Luis Digilio	46

Laura Félez Álvarez-Mon	47
Pablo Forner Salas	48
Bernardo Gandul Duarte	49
Sol García de Herreros Madueño	51
Alicia del Rosario G. González	52
María Gil Sierra	54
Esther Gómez Babin	55
Gustavo Eduardo Green Sinigaglia	56
Ana Cristina Lluch Romero	58
Pablo López Martín	59
Roberto López Ortiz	60
Sandra Monteverde Ghuisolfi	61
Mateo Núñez Ábrego	63
Amparo Paniagua Muñoz	64
Marina Pibernat Vila	66
Juan Pons Antúnez	67
Rubén Rey Menéndez	68
Alberto Rodríguez Guerrero	69
José Luis Rodríguez-Núñez Ramón	70
Santiago Suárez Fernández	71
José Luis Trigo Tejada	72
Adriana Tursi	73
Laura Virumbrales Serrano	74
BASES DEL PREMIO	77

Este librito recoge el texto ganador y los cuarenta finalistas del IX Premio de microrrelatos «Manuel J. Peláez», organizado por el Colectivo Manuel J. Peláez, una asociación constituida en Zafra en el año 2010 con el fin de contribuir a la participación ciudadana, al desarrollo cultural y a la visibilidad de la España rural. Se honra en llevar el nombre de Manuel Peláez García, zafrense de 1952, profesor e historiador, hombre de la cultura que hizo de la tolerancia y de la alegría su razón de vida.

El premio de microrrelatos se convoca desde el año 2013. En las nueve ediciones celebradas las escritoras y los escritores que han obtenido el galardón han sido:

2013: «Última duda» de Isabel Urueña (Madrid)

2014: «Reconocimiento» de Ángel Pontones (Valencia)

2015: «El timo» de Diego Rinoski (Madrid)

2016: «Indigestión» de Eva Limendoux Torres (Madrid)

2017: «Rugido» de Francisco Germán Vayón Ramírez (Sevilla)

*2018: «Agujeros negros» de Alberto Rodríguez Guerrero
(Santoña, Cantabria)*

2019: «Vencido» de Pilar Alejos Martínez (Quart de Poblet, Valencia)

2020: «Sin palabras» de Margarita del Brezo (Ceuta)

*2021: «Memoricidio» de Ana Cristina Lluch Romero
(Aldea del Fresno, Madrid)*

Dos mil setecientos veintiséis textos se han recibido en esta edición, enviados desde todas las regiones de España y de muchos países del mundo. La experiencia de este premio, que en algunas de las últimas ediciones ha sido cofinanciado por la Diputación de Badajoz, es masiva y de calidad.



